La dureza de Carrillo no ha hecho más que agravar la crisis

El PCE, convertido en un campo de minas político

El Partido Comunista de España, una organización férrea, casi monolítica, en la que había primado la calma chicha, ha pasado a ser en este año que ahora termina un campo de minas político. Las crisis pues hay que hablar de crisis en plural y no de un solo conflicto han ido estallando con pasmosa regularidad a lo largo de los últimos meses, mientras el «aparato» que dirige Santiago Carrillo no ha hecho más que avivar la rebelión con medidas drásticas.

El balance hasta el momento es francamente gravoso para el partido: siete dirigentes renovadores han sido destituidos del Comité Central; cinco concejales están a punto de la expulsión en el Ayuntamiento de Madrid, y se ha declarado una auténtica guerra intestina entre los partidarios de dos concepciones distintas del partido: oficialistas y renovadores. Mientras tanto, el Partido Comunista de Euskadi-EPK se ha escindido definitivamente en convergentes y carrillistas, y el PSUC (el partido de los comunistas catalanes) está al borde del cisma. Y la crisis acaba de empezar.

Las razones de tal movimiento sísmico son numerosas y muy complejas. Arrancan sin duda del proceso de adaptación de un partido clandestino de corte stalinista a la realidad democrática. Es en ese momento comienzo de la transición cuando surgen tensiones fuertes y entrecruzado. Es entonces hace ahora un año cuando los renovadores surgen como corriente en el das, que simplificando puede reducirse a una lucha generacional entre la dirección gerontocrática que venía del exterior y la organización universitaria interior, que había llevado el peso de la lucha antifranquista. La vieja guardia y los jóvenes ahora llamados renovadores representaban concepciones muy diferenciadas de partido, tanto a nivel ideológico como puramente organizativo. Carrillo trata de solventar las diferencias poniendo en marcha la política eurocomunista, que significa un desenganche de la URSS y la modernización ideológica del PCE. El IX Congreso acepta estas tesis y la crisis parece salvada. Pero Carrillo no pudo, no supo o no quiso llevar el eurocomunismo al interior del partido, en el que siguieron mandando los mismos y cuyo proceso de democratización quedó estanseno del comunismo con el proyecto de llevar adelante el debate interno y la democratización del PCE. No sólo rompe con su antiguo aliado Carrillo, sino que muestra palmariamente su propósito de derrocarlo. Los prolegómenos del X Congreso, celebrado durante los últimos días del pasado julio, son muy conflictivos. Los renovadores intentan que se reconozcan las tendencias, que se democratice la dirección y que se establezca el federalismo, entre otras reivindicaciones menos significativas. Algunos de ellos se dejan ganar por el escepticismo y tiran la toalla antes del Congreso: Mohedano, Triana, Tamames... En la Asamblea venció netamente Carrillo apoyado en el aparato hecho a su imagen y semejanza. Las reivindicaciones eran todas organizativas no políticas, ya que la estrategia eurocomunista es al menos en teoría aceptada por todos los sectores y sobre todo por el renovador. Por otro lado, Carrillo dejó muy mermada la representación de estos «nuevos comunistas» en el Comité Central. La crisis estaba cantada. Sólo faltaba el pretexto.

Y el detonante fue la convocatoria en Madrid, firmada por cincuenta dirigentes renovadores, entre ellos seis miembros del Comité Central, a favor de una conferencia del secretario general de los comunistas vascos, Roberto Lerchundi, ya anatematizado por el aparato a raíz de que iniciara el proceso de convergencia por EIA. Las adhesiones a Lerchundi se extendieron a otros puntos de España y, entonces, Carrillo abrió la caja de los truenos. La crisis estalló con los resultados ya conocidos. El aparato disolvió a los seis dirigentes renovadores: Carlos Alonso Zaldívar, Julio Segura, Manuel Azcárate, Pilar Brabo, Pilar Arroyo y Jaime Sartorius.